





# *Historias mágicas de Oz.*



L. Frank Baum

*Historias mágicas*  
*de Oz*

Ilustrado por John R. Neill

Traducción y notas  
Óscar Mariscal

EL PASEO, 2016

Título original: *Little wizard stories of Oz* (1913)

© de la traducción y notas: Óscar Mariscal, 2016

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2016

[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

*Primera edición: junio de 2016*

**Diseño y preimpresión:** EL PASEO EDITORIAL

**Cubiertas:** [sputnix.es](http://sputnix.es)

**Corrección:** Deculturas, S.C.A.

**Impresión y encuadernación:** Kadmos

I.S.B.N. 978-84-945509-1-1

DEPÓSITO LEGAL: SE-762-2016

CÓDIGO BIC: YFA; FC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Índice

El León Cobarde y el Tigre Hambriento	9
La pequeña Dorothy y Toto	27
Tik-Tok y el rey Nomo	45
Ozma y el pequeño mago	63
Jack Cabeza de Calabaza y El Caballete	81
El Espantapájaros y el Leñador de Hojalata	99
Nota del traductor	119



*El León Cobarde*

*y*

*el Tigre Hambriento*





## El León Cobarde y el Tigre Hambriento

En el espléndido palacio de la Ciudad Esmeralda —que se extiende en el centro mismo de la mágica Tierra de Oz—, existe un gran salón del trono, donde la princesa Ozma, la niña regente, se sienta todos los días durante una hora en un trono de brillantes esmeraldas, y escucha todos los problemas de su pueblo, de los cuales nadie tiene reparos en hablarle. Alrededor del sitio de Ozma, en tales ocasiones, se agrupan todos los personajes importantes de Oz, como el Espantapájaros, Jack Cabeza de Calabaza, Tik-Tok el hombre mecánico, el Leñador de Hojalata, el mago de Oz, el hombre gregüño y otras personalidades prodigiosas. La pequeña Dorothy, por lo general, tiene un asiento a los pies de Ozma, y apostadas a cada lado del trono, descansan dos enormes bestias conocidas como el Tigre Hambriento y el León Cobarde.

Estos dos animales son los guardianes de Ozma, pero como todo el mundo ama a la bella niña princesa, nunca se ha producido perturbación o incidente de ninguna clase en el gran salón, por el que las fieras hayan hecho algo más que mirar con expresión solemne y feroz, y guardar silencio hasta que la real audiencia acaba y los súbditos regresan a sus hogares.

Naturalmente, nadie se atrevería a hacer una travesura en presencia de los enormes tigre y león, agazapados junto al trono; pero lo cierto es que la gente de Oz rara vez se permite las travesuras. Así pues, los grandes guardianes de Ozma son más ornamentales que útiles, y nadie comprende eso mejor que las propias bestias.

Un buen día, después de que todo el mundo hubiese abandonado el salón del trono, salvo el León Cobarde y el Tigre Hambriento, aquél bostezó y le confesó a su amigo:

—¿Sabes?, me estoy cansando de este trabajo. Nadie nos presta atención, y mucho menos tiene miedo de nosotros.

—¡Y que lo digas! —respondió el gran tigre, ronroneando suavemente—. Mejor estaríamos en las espesas junglas donde hemos nacido, que aquí tratando de proteger a Ozma, cuando lo cierto es que no necesita protección alguna. Además, me siento terriblemente hambriento todo el tiempo.

—Tienes lo suficiente para comer, de eso estoy seguro —dijo el león, balanceando lentamente su cola de un lado a otro.

—Suficiente, quizá; pero no es la clase de alimento que anhelo —respondió el tigre—. De lo que tengo hambre es de bebés humanos bien gorditos; siento el deseo de zamparme un par de rollizos bebés. Entonces, tal vez la gente de Oz me temería, y me convertiría en alguien más importante.

—Ciertamente —concedió el León—; se armaría un gran alboroto si te comieras un bebé humano. En cuanto a mí, mis garras están afiladas como navajas y son fuertes como ganchos de hierro, mientras que mis dientes son lo bastante poderosos como para hacer trizas a una persona en pocos segundos. Si yo saltara sobre un hombre y lo convirtiera en hamburguesas, cundiría el pánico en la Ciudad Esmeralda, y el pueblo se hincaría de rodillas y me rogaría misericordia. Eso, en mi opinión, me elevaría considerablemente de categoría.

—¿Y después de hacer picadillo al tipo, qué harías? —preguntó el tigre, soñoliento.

—Pues rugiría tan fuerte que haría temblar la tierra y, antes de que nadie pudiera atacarme o matarme por lo que había hecho, me internaría en la jungla para ocultarme.

—Ya veo —dijo el tigre asintiendo con la cabeza—. Realmente eres un cobarde.

—Seguro; de ahí que me llamen León Cobarde. Por eso siempre he sido tan dócil y pacífico. Pero estoy terriblemente aburrido de ser manso —agregó el león con un suspiro—, y sería divertido alborotar un poco y mostrarle a la gente la terrible bestia que soy en realidad.



El tigre permaneció en silencio durante unos minutos, meditando profundamente mientras se lavaba lentamente la cara con su manaza izquierda. Entonces dijo:

—Me estoy haciendo viejo, y me encantaría darme el gusto de zamparme al menos un bebé gordito antes de palmar. Supón que sorprendemos a las gentes de Oz demostrando nuestro poder. ¿Qué me dices? saldremos del palacio como de costumbre, y al primer bebé que topemos, me lo comeré en un santiamén; y a la primera persona con la que nos crucemos, la harás pedazos. A continuación cruzaremos las puertas de la ciudad, correremos tan rápidamente como podamos a través de la región, y nos internaremos en la jungla antes de que nadie pueda detenernos.

—Muy bien, colega; ¡estoy en el juego! —dijo el león, y cuando bostezó de nuevo, mostró dos hileras de dientes terriblemente afilados.

El tigre se puso de pie sobre sus cuatro patas, y estiró su cuerpo fuerte y elegante.

—Venga, vamos —dijo entonces. El león se levantó y demostró que era el más grande de los dos, porque tenía casi el tamaño de un caballo pequeño.

Abandonaron el palacio, y pasaron por los alrededores sin encontrar a nadie.

Atravesaron los hermosos jardines, dejaron atrás fuentes y macizos de flores encantadoras... y no hallaron a nadie. Descorrieron luego el cerrojo de una cancela y salieron a una calle de la ciudad, donde tampoco encontraron a nadie.